

# HACIA UNA IGLESIA PROFETICA Y CONFESANTE

*Felicísimo Martínez Díez, op*

## *1. ALGUNAS ANOTACIONES PREVIAS PARA CENTRAR LA REFLEXION*

1. Diseñar un modelo de Iglesia profética es hoy tarea primera y necesaria. Necesitamos propuestas claras para saber hacia dónde dirigir nuestros pasos. ¿Cuál es la Iglesia que Dios quiere? ¿Cuál es la Iglesia que se ajusta mejor a la propuesta de Jesús? ¿Qué modelo de iglesia recoge más fielmente y canaliza con más eficacia y fidelidad la experiencia cristiana original? Hacer estas preguntas es preguntarse por la Iglesia profética y confesante. Es preguntarse por el modelo de Iglesia que debe inspirar y conducir la misión evangelizadora, la actividad pastoral, el compromiso de la Iglesia de Cristo con la humanidad.

2. La reflexión sobre la misión de la Iglesia, requiere un análisis previo o, más bien, un diseño del modelo de Iglesia que queremos construir. Pero esta tarea, aunque primera y necesaria, es sumamente arriesgada. Diseñar un modelo profético de Iglesia se presta a numerosos malentendidos. A veces se interpreta como una desautorización de la Iglesia establecida. Otra veces, el modelo profético es acusado de idealista, falta de realismo, ingenuo... y, consiguientemente, se le arrincona como un diseño demasiado bonito para que sea verdad. A veces incluso puede convertirse en un freno para la acción, porque se termina dando lo pensado o diseñado por realizado. No ha sido raro este peligro en la Iglesia postconciliar y post-Medellín, tan rica y abundante en documentos proféticamente densos. Pese a todos estos riesgos y malentendidos, hoy necesitamos urgentemente diseñar ese modelo de Iglesia profética.

3. La historia judeo-cristiana se caracteriza por la presencia constante de dos tradiciones: sacerdotal y profética. La tradición sacerdotal se caracteriza por el predominio y el énfasis en el elemento institucional; la tradición profética se caracteriza por el predominio y el énfasis en el elemento carismático. Ambas han permanecido siempre en una tensión dialéctica, verificando así una conclusión elemental de la sociología de la religión: el elemento carismático necesita del elemento institucional para evitar la autodestrucción y garantizar su pervivencia; pero, al mismo tiempo, el elemento carismático-profético suele fungir como correctivo-crítico del elemento institucional, porque éste necesita del elemento carismático para que la institución eclesial no quede vaciada de contenido cristiano.

4. Las dos tradiciones han dado lugar a dos modelos de Iglesia: el modelo sacerdotal y el modelo profético, cada uno de ellos con características propias en el área organizativa, en el área doctrinal, en el área cultural y en el área moral de la comunidad cristiana. Los adjetivos “sacerdotal” y “profético” no tienen originalmente un sentido personalista, como si se tratara de la iglesia de los sacerdotes y la iglesia de los profetas. Se refieren a las características de los diversos modelos de Iglesia: un modelo marcado por la axiología de la tradición sacerdotal y otro modelo marcado por la axiología de la tradición profética. También ambos modelos de Iglesia suelen haberse en una relación dialéctica. Pero lo más importante es tener en cuenta que la experiencia de fe en Cristo y la praxis del Reino y su Justicia son el núcleo y la condición de validez de ambos modelos de Iglesia. Si faltan la fe y la praxis cristiana, ninguno de ellos es válido.

5. Ambos modelos de Iglesia se encuentran en una tensión dialéctica. Para conseguir la síntesis de los elementos válidos que ambos poseen, es necesario superar o trascender las lecturas antitéticas. Pero también es necesario establecer prioridades, para no caer en el relativismo fácil o en la indiferencia acrítica frente a ambas tradiciones y frente a ambos modelos de Iglesia. Es preciso discernir aquel modelo de Iglesia que se ajusta mejor a las exigencias señaladas por la predicación y la praxis de Jesús. Al final de este proceso de discernimiento podremos atinar con los desafíos que hoy se presentan como más urgente a la misión de la Iglesia en la sociedad.

6. Una observación meramente metodológica. Para diseñar el modelo profético de Iglesia me he valido del método sociológico del “tipo ideal o

puro”, desarrollado y utilizado ampliamente por Max Weber. El “tipo ideal o puro” es una construcción mental. Es inútil buscarlo realizado tal cual en la realidad empírica. El modelo profético de Iglesia que aquí vamos a diseñar no se da en estado puro en la realidad. Esta es siempre mucho más compleja que las abstracciones, los modelos y las construcciones mentales. Se elabora el tipo ideal o puro seleccionando y destacando los rasgos más característicos, en este caso, de la Iglesia profética. Para elaborar el tipo ideal o puro de Iglesia profética, es preciso hacer memoria de Jesús, de su predicación y de su praxis; es preciso tomar muy en serio su propuesta tal como quedó normada en los escritos neotestamentarios; es preciso volver a las fuentes y a la vida de las comunidades cristianas primitivas... Y quizá es necesario olvidar por un momento tantos miedos y falsas prudencias, que, en nombre de un falso realismo o de una exagerada adaptación al mundo, nos impiden caminar hacia un mundo y una Iglesia mejor, es decir: un mundo y una Iglesia más acordes con el Reino de Dios y su justicia.

7. Para definir este modelo de Iglesia, vamos a analizar los rasgos más característicos de la Iglesia profética en las cuatro áreas básicas de la experiencia cristiana: la organización eclesial o la interpretación y praxis de la autoridad; el área doctrinal o la interpretación y praxis de la verdad; el área litúrgica o la interpretación y praxis del culto; el área moral o la interpretación y praxis del seguimiento de Jesús. Son las cuatro áreas que constituyen la experiencia cristiana o la vida cristiana integral.

8. La Eclesiología del postconcilio y del post-Medellín viene repitiendo sin descanso que la Iglesia que Dios quiere es una Iglesia profética. El nombre de ésta hace referencia lingüística a la figura del profeta. Y quizá aquí comiencen los malentendidos, porque pensamos más en la figura personal del profeta que en el talante profético de toda la comunidad. Pero en este momento no nos interesa particularmente la figura personal del profeta, ni siquiera el concepto teológico del carisma profético. Nos interesa especialmente analizar los rasgos característicos de este modelo de Iglesia. No es tarea fácil. Precisamente el profetismo se caracteriza más por lo carismático que por lo sistemático o institucional. Por eso resulta difícil y arriesgado elaborar un modelo de Iglesia profética. El rasgo más destacado de ésta consiste precisamente en ser una Iglesia animada por el Espíritu (que se mueve) y por la multiplicación de los carismas (que acepta lo nuevo y lo distinto).

## 2. EL AREA DE LA ORGANIZACION ECLESIAL O LA COMUNIDAD CREYENTE

1. En este área la Iglesia profética se autocomprende y se define a sí misma como Pueblo de Dios. Es un pueblo convocado por una fe común y por una experiencia salvífica compartida. Esta fe y esta experiencia, celebradas en el bautismo, constituyen la base de la radical igualdad entre todos los miembros de la Iglesia confesante. Todas las diferencias entre ellos son ulteriores y secundarias. Es un pueblo en el que todos sus miembros están llamados a colaborar en un proyecto común de salvación y liberación. Y por lo mismo todos los miembros se sienten corresponsables en la misión eclesial. En la Iglesia así entendida no hay miembros pasivos o pacientes; todos son activos y agentes.

2. El concepto funcional básico de una Iglesia profética es el concepto de comunidad, no el de institución. El concepto de comunidad resalta la importancia de los grupos primarios, de las microcomunidades en la Iglesia. De esta forma prioriza entre sus miembros las relaciones interpersonales de fe y de comunión, quedando relegadas a un segundo plano las relaciones institucionales. El elemento institucional de la comunidad tiene un carácter adjetivo y secundario, funcional en todo caso con respecto a la vida interna y a las relaciones interpersonales entre los miembros. Aquí se sitúa la importancia de las *Comunidades eclesiales de base*, así como la de otras comunidades cristianas nacies en la Iglesia emergente. Constituyen el tejido de base de toda la realidad eclesial.

3. Como en cualquier grupo humano, también en la Iglesia profética existe la autoridad o la distribución de ministerios y funciones. Pero aquí la autoridad tiene un sentido notablemente distinto del que se le otorga convencionalmente en las macroinstituciones. La autoridad de la Iglesia profética toma su fuerza y legitimación del carisma. En este sentido tiene su origen en Dios, de quien procede todo don y toda gracia. No es hereditaria ni transmisible institucionalmente. Sólo la posee el que posee el carisma, en la medida que lo posee y mientras lo posee, es decir: el que posee la experiencia personal de Dios, en la medida que la posee y mientras la posee. Esta experiencia de Dios está íntimamente relacionada con la fe que suscita la Palabra de Dios en la comunidad y en sus miembros. Por eso, la autoridad de la Iglesia profética es,

sobre todo, la autoridad que proporciona la fuerza de la Palabra, escuchada, captada, asimilada y anunciada. No es la autoridad propia del profeta como persona, sino la autoridad y la fuerza propia de la Palabra, creída y confesada. La autoridad más característica de la Iglesia profética no es la autoridad gubernativa o administrativa, sino la autoridad evangelizadora y misional, la autoridad del Predicador o de la comunidad evangelizadora, sea mediante el anuncio explícito o mediante el testimonio de su vida. La misión principal de la Iglesia profética es la evangelización, el anuncio de la Palabra.

4. La autoridad de la Iglesia profética es la autoridad del Espíritu y la de aquellos que participan del Espíritu. Por consiguiente, no hay otra jerarquía que no sea la jerarquía de los carismas y el diverso grado de participación en los mismos. En las relaciones interpersonales o en la organización de la comunidad no se reconoce otra autoridad que no sea la del servicio o la puesta en común de los propios carismas para construcción de la comunidad. La multiplicación de los carismas y ministerios y su distribución entre todos los miembros de la comunidad es un rasgo esencial de la Iglesia profética. La autoridad carismática se encuentra así distribuida entre todos los miembros de la comunidad, sin otra diferencia importante que no sea la diferente participación en el Espíritu y sus carismas. La diferencia entre clérigos y laicos es secundaria, pues la comunidad profética se caracteriza ante todo por ser una comunidad de seguimiento, un discipulado de iguales. La Iglesia profética es toda ella sacerdotal y profética a un tiempo. En este sentido debe interpretarse y valorarse de forma positiva el hecho prometedor de un protagonismo cada vez mayor de los laicos y, particularmente, de las mujeres en la Iglesia emergente. Es un rasgo distintivo de una Iglesia profética y confesante.

5. En la Iglesia profética los ministerios y los carismas no son simples oficios o meras profesiones. Son auténticas vocaciones y están en función de la misión. Lo esencial para el ejercicio de los carismas o ministerios no es la habilitación académica, el entrenamiento técnico o la preparación profesional. Lo esencial es la vocación recibida, la posesión del carisma, la experiencia de Dios y la Palabra aceptada en fe. Por eso nada tiene de extraño que la Iglesia profética crea posible encontrar nuevas formas de incorporación al ministerio sacerdotal y a otros ministerios. Tampoco se ejercita esa vocación por una remuneración material o económica, como sucede con los oficios y profesiones seculares. La búsqueda de lucro es la prueba más patente del falso

profeta y de otros falsos carismas y ministerios. Gratuito es el Espíritu y gratuitos son sus carismas, como gratuita es la experiencia de Dios y de la Palabra. Por consiguiente, gratuita debe ser la misión y gratuitos todos los ministerios en la Iglesia profética y confesante. La comunidad saldrá garante del sustento de sus ministros y ella se encargará de diseñar los modos y maneras de atender a sus necesidades.

6. En la Iglesia profética el control sobre sus miembros es ejercido por la misma comunidad, en nombre de la Palabra recibida, escuchada y discernida en comunidad. La democratización así entendida, es uno de los rasgos esenciales de la Iglesia profética. La Palabra y la comunidad establecen los límites entre la verdad y la mentira, la justicia y la injusticia, la fidelidad y la infidelidad, la gracia y el pecado, el Reino y el anti-Reino. Así se discierne en la misma Iglesia la verdadera y la falsa profecía, la verdadera y falsa acción profética. La fidelidad en la Iglesia profética se mide por la fidelidad a la Palabra, al Espíritu, a la comunidad y a la misión. La Palabra anunciada desde el principio, es siempre nueva y actual. Por eso, la Iglesia profética es más adicta a la tradición oral o a la Palabra anunciada, que a la tradición escrita o la Palabra canonizada. La tradición no tiene valor en sí misma, sino en la medida que transmite y actualiza la Palabra. Por eso la Iglesia profética cuenta con la tradición, pero no es tradicionalista. Su lealtad es a la novedad de la Palabra, no a la caducidad de las tradiciones.

7. La Iglesia profética no pretende relacionarse con la sociedad civil de poder a poder. Entre ambas suele haber más bien una oposición radical, pues ambas mantienen una concepción distinta del poder y de su ejercicio. "Ustedes saben que los jefes de las naciones se portan como dueños de ellas y que los poderosos las oprimen. Entre ustedes no será así; al contrario, el que aspire a ser más que los demás, se hará servidor de ustedes. Y el que quiere ser el primero, debe hacerse esclavo de los demás" (Mt 20, 25-27). No hay lugar para las relaciones concordatarias o conciliatorias entre la comunidad profética y la sociedad civil, porque los objetivos, valores y mediaciones en juego suelen ser distintos en una y en otra. La única misión de la Iglesia profética en medio de la sociedad es el anuncio de la Palabra y el compromiso histórico en favor de la fraternidad, de la justicia y la liberación. Estos compromisos son el lugar de encuentro y colaboración entre la Iglesia profética y los sectores sociales que militen en esta misma dirección, o en favor de estas mismas causas. Para el

ejercicio de su misión, la Iglesia profética sólo juzga esenciales la fuerza de la Palabra y la vida evangélica de la comunidad y de sus miembros. No juzga necesarios los recursos materiales, el poder temporal, el peso y el prestigio social. Quizá el rasgo más esencial de la Iglesia profética hoy sea su opción decidida por los pobres. En ellos descubre un verdadero lugar teológico, una revelación de Dios por contraste. En ellos descubre a los mediadores de la salvación universal, pues ellos convocan a todos a los hombres y mujeres a la conversión.

### *3. EL AREA DOCTRINAL: LA CONFESION Y LA FORMULACION DE LA FE*

1. La tradición profética se caracteriza por la preferencia de la palabra hablada sobre la palabra escrita, de la tradición oral sobre la tradición escrita. La religión profética no es una religión de libro. El libro, al igual que la tradición, tiene sólo un valor instrumental y provisional. El libro no se erige en canon o norma última para la interpretación de la Palabra. El canon original es siempre una experiencia fundante, aunque nos sea transmitida por unos escritos "canónicos". La tradición profética es básicamente una tradición oral. La misión profética consiste sobre todo en el anuncio y la proclamación del mensaje recibido, no en la mera conservación del mismo. Un rasgo esencial de la Iglesia profética es la prioridad de la predicación o de la evangelización. El profeta que ha recibido la Palabra, se ve obligado a anunciarla y proclamarla, aún en contra de su propia voluntad y a pesar de todos los peligros e inconvenientes que lleva consigo el anuncio. Sencillamente, porque no se trata de la propia palabra, sino de la Palabra de Dios que se impone a cualquier consideración humana del mensajero. El profeta no es propietario de la Palabra, sino ministro y mensajero. En el anuncio directo y en la proclamación de la Palabra adquiere toda su fuerza y eficacia la misión profética.

2. La Palabra profética nunca tiene una canonización definitiva, pues cuantas veces se anuncia adquiere nueva actualidad y revela todo su poder iluminador, liberador y salvífico. Su valor no depende principalmente de la armonización ortodoxa con todos los momentos de la tradición, sino del valor de la experiencia original y fundante que dio lugar a la tradición. El verdadero canon o medida de la Palabra profética es la experiencia fundante, o la experiencia de Dios que dio lugar a la tradición profética. El verdadero canon

o medida del evangelio cristiano es la experiencia pascual, experiencia fundante y original. Pero la evangelización implica esencialmente una actualización siempre nueva de esa experiencia pascual, fundante y original. La tradición es sólo un cauce para conectar con las experiencias religiosas originales; pero debe dejar abierto el camino a nuevas experiencias religiosas y a nuevas actualizaciones de la Palabra. La apertura a lo nuevo es otro de los rasgos esenciales de la Iglesia profética. Por eso la religión profética es esencialmente una religión histórica. Sin renunciar a la memoria de los orígenes, cree en la actualización permanente de la salvación o liberación, y espera nuevas y mayores experiencias salvíficas y liberadoras en el futuro. La historia y la escatología son componente esencial de la religión profética.

3. La predicación profética no se limita a transmitir doctrinas; no consiste en un mero ejercicio de inductinamiento. Básicamente consiste en narrar hechos salvíficos y experiencias históricas de liberación. Es una evangelización o anuncio de Buenas Noticias. Por eso, el mensaje profético no se canoniza en dogmas cerrados; se renueva constantemente cada vez que se anuncia, pues no hay verdadero anuncio si no hay actualización. No transmite un sistema de verdades o una serie de teorías lógicamente coherentes. Anuncia lo que ha sucedido y lo que vuelve a suceder en la historia humana desde el punto de vista de la salvación. El mensaje profético no es un sistema doctrinal, sino una historia de salvación. Por eso, el lenguaje de la predicación profética no está hecho de fórmulas rígidas y académicas, que encierran y cuidan temerosamente el mensaje. Es un lenguaje personal y evocativo, directo y creativo, que suelta “imprudentemente” el mensaje con todo su potencial denunciador y liberador. Es un lenguaje abierto a símbolos, parábolas, alegorías, narraciones... El objetivo último de la predicación profética no es simplemente asegurar la ortodoxia doctrinal, sino garantizar la revelación de Dios en la historia de los hombres y la conversión de los hombres a la historia de la salvación. El objetivo último de la predicación profética es narrar historia de salvación para que se siga haciendo historia de salvación. El objetivo último de la predicación profética es la iniciación en la fe y en la práctica cristiana; es hacer un camino catecumenal hacia la plenitud o la madurez en la fe y en la vida cristiana.

4. Un rasgo esencial de la Palabra o la predicación profética es su esencial relación con acciones y acontecimientos salvadores y liberadores. Para que

ella y su mensaje sean creíbles, la Iglesia profética está obligada a dejar claro que lo que anuncia se realiza. Los hechos o acciones del profeta, del predicador o de la comunidad evangelizadora no tienen un carácter simplemente moral. No son sólo buenos ejemplos que garantizan su credibilidad. Tienen un valor teológico: son una prueba fehaciente de que la Palabra es eficaz, realiza lo que anuncia. Este es el significado de los signos que acompañan a la predicación apostólica. Este es el valor de la *vita vere apostolica*, tan buscada en todos los momentos de fervor evangelizador a lo largo de la historia de la Iglesia. Esta es la razón última del valor que tiene el compromiso con la justicia, con la paz, con los derechos humanos, con la causa de la liberación... en la Iglesia profética.

5. En el área doctrinal la fidelidad de la Iglesia profética no pasa a través de la mera ortodoxia doctrinal, sino a través de la práctica o realización del mensaje anunciado, a través de la ortopraxis del Reino. El control que se ejerce sobre el predicador y sobre el mensaje no es un control doctrinal externo. Es simplemente el control que ejerce la misma Palabra discernida en la comunidad. No hay otra fuerza de coacción que no sea la experiencia salvífica. Por eso, la Palabra profética se anuncia con fuerza, pero se recibe en un régimen de libertad. Aquí no hay herejes a perseguir o heterodoxos a silenciar, sino sólo ciegos a evangelizar. Y los verdaderos ortodoxos no son los que conocen el mensaje y lo formulan con exactitud, sino aquellos que escuchan la Palabra con fe y la practican con fidelidad. Esto es lo que quiere decir la Iglesia profética cuando defiende la prioridad de la ortopraxis, sin negar la importancia de la ortodoxia. Esos son los criterios que animan a la Iglesia profética en el discernimiento de la profecía, en el discernimiento de los verdaderos y falsos profetas, en el discernimiento de la verdadera y la falsa vida cristiana. Sólo puede realizar este discernimiento el que posee o es poseído por el Espíritu; en definitiva, la comunidad.

6. En la Iglesia profética también es importante la teología, la palabra sobre Dios. Y es legítimo y obligado el intento de inteligencia de la fe. Pero el ejercicio teológico tiene algunas condiciones de legitimidad. En primer lugar, sólo es verdadera teología cuando esa palabra sobre Dios o sobre las realidades terrenas, y cuando esa inteligencia están inspiradas e informadas por la fe. La reflexión teológica es, pues, un ejercicio de fe que implica a la inteligencia. Ni se aleja hasta un racionalismo secularizado, ni queda reducida a un fideísmo

irracional. Es verdadera teología en la medida que tiene carácter sapiencial. Y, en segundo lugar, es verdadera teología en la medida que se comprende a sí misma como acto segundo o palabra segunda con respecto al acto o la palabra primera, que es la fe confesada y practicada. La ortopraxis es el punto de partida y debe ser el objetivo terminal de toda auténtica reflexión teológica. Por eso mismo, la Iglesia profética defiende que la comunidad, toda la comunidad cristiana, es el sujeto primero y más adecuado de la reflexión teológica y del discernimiento de la ortodoxia y de la ortopraxis cristianas. El *sensus fidei* y el *consensus fidelium* son los criterios supremos para el discernimiento y el enjuiciamiento de la reflexión teológica.

#### 4. EL AREA DE LA LITURGIA O LA CELEBRACION DE LA FE

1. La celebración de la fe es un componente importante de la experiencia y la práctica cristiana. No es exacto afirmar que la tradición profética judeo-cristiana desconozca el valor y la importancia del culto. Sí es exacto afirmar que esa tradición es exigente a la hora de validar el culto. En el área litúrgica la Iglesia profética se caracteriza por establecer una estrecha relación entre el culto y la vida. Esta relación verifica o falsifica la autenticidad y el significado del culto. En el binomio vida-culto, la Iglesia profética coloca la prioridad de la parte de la vida, sin ignorar la importancia del culto. “La gloria de Dios es que el hombre viva”. En la tradición profética la vida o la historia de los hombres tiene un valor teológico: en ella tiene lugar la revelación de Dios, la experiencia salvífica. El culto tiene un carácter instrumental o funcional: está al servicio de la vida y de la historia de la salvación. Tiene sentido y valor en la medida que simboliza, actualiza, celebra y promueve la vida y la historia de la salvación.

2. La liturgia o el culto es importante también en la Iglesia profética, pero no tiene un valor substantivo. Cuando se substantiva, adquiere un carácter mágico, se convierte en ritualismo formalista y vacío. Unos ritos formalistas y vacíos acaban por sustituir u ocupar el puesto de la vida. El culto ritualista acaba confundiendo la salvación real con una salvación simbólica e idealista. Cuando se prescinde de toda relación entre el culto y la historia real, la gracia, el perdón, la reconciliación, la fraternidad, la justicia, la comunión... se convierten en conceptos vacíos o en sentimientos intimistas ilusorios. El culto celebra la gracia, el perdón, la reconciliación, la fraternidad, la justicia, la comunión... mientras la vida y la historia real continúan atravesadas por el

pecado, la división, la enemistad, la lucha, la injusticia, la incomunicación... Este idealismo cultural paraliza a veces el compromiso con la historia de liberación. El culto da por hecho lo que está aún por realizarse. Da lo celebrado por realizado. Este malentendido fácilmente conduce a severos errores: por ejemplo confundir el gesto ritual de la paz con la reconciliación real, o el gesto ritual de la comunión con la solidaridad y la comunicación de bienes. Así el culto termina ocupando el puesto de la vida y sustituyendo la historia salvífica por el pensamiento o el sentimiento de la salvación.

3. El culto no tiene una eficacia mágica y automática. Su eficacia no depende de la exacta observancia del ceremonial o de la pureza de los ritos, sino del poder salvífico de Dios que actúa en la historia de los hombres y las mujeres. Esto es lo que significa la eficacia sacramental. Pero, sin la fe del hombre y de la mujer, Dios se ve imposibilitado para actuar en el culto. La insistencia en la importancia de la fe para el culto es uno de los rasgos característicos de la Iglesia profética. El culto celebra la salvación ya realizada y, al mismo tiempo, motiva, dispone y compromete en la causa de la salvación por venir. Celebra la liberación ya conseguida y compromete en la liberación por venir. Aquí radica la importancia del culto como componente esencial de la experiencia cristiana. Pero el culto no es la fuente original de la salvación, ni un recurso fácil para dominar a Dios y pretender una salvación fuera de la historia. La fuente de toda salvación es Dios. El lugar primero de toda salvación y liberación es la historia. Por eso, la Iglesia profética sitúa en el centro de su misión el compromiso histórico con el Reino y su Justicia, y no simplemente las actividades culturales.

4. La Iglesia profética define lo sagrado y lo profano en relación con la vida y la historia salvífica, no en relación con el culto. Es sagrado todo lo que se mantiene y actúa dentro de la historia salvífica, todo lo que está salvado. Es profano todo lo que se encuentra y actúa fuera de esa misma historia, todo lo que no está salvado. Y así pueden ser sagradas o profanas las cosas, las personas, los espacios, los tiempos, las acciones... porque han sido salvadas o porque permanecen al margen de la historia de la salvación; porque se encuentran dentro del ámbito salvífico o porque se sitúan fuera del mismo... No son sagradas o profanas porque son cosas, personas, espacios, tiempos, acciones culturales o extraculturales. La Iglesia profética no utiliza el culto como criterio de referencia para señalar los límites entre lo sagrado y lo profano. El único criterio de referencia es la salvación.

5. En esta misma línea la Iglesia profética supera la rigidez de los límites entre el sacerdocio y el laicado. Es una Iglesia a la vez laica y sacerdotal. Todos sus miembros están comprometidos con la historia de la salvación y la liberación. Esta tarea “laica” es común a todos sus miembros. No en vano la tradición profética discurre de la parte del laicado en la tradición judeo-cristiana. Laicos han sido y se han considerado la mayoría de los profetas, incluido Jesús de Nazaret. Pero, al mismo tiempo, las tareas “cultuales” son también comunes a todos los miembros de la Iglesia profética. Por eso la eclesiología conciliar ha enfatizado tanto el sacerdocio común de los fieles. Los profetas no se han ausentado del culto, ni han censurado su valor simbólico, sino su substantivación, su instrumentalización ideológica, su ritualismo y formalismo. Los límites entre el sacerdocio y el laicado son secundarios en la Iglesia profética. Son simplemente la expresión de la diversidad de carismas y ministerios, igualmente importantes para la construcción de la comunidad.

6. Para la Iglesia profética la fidelidad no consiste simplemente en la práctica religiosa o en la participación regular en el culto. Aún más, la tradición profética se niega a aceptar que la práctica cristiana se deba medir principalmente por la práctica cultural, como sucede con tanta frecuencia en los estudios de sociología religiosa y en muchos trabajos de teología pastoral. No es culto el criterio básico de fidelidad. Esta se verifica primariamente en la práctica de caridad, de la solidaridad, de la justicia y del derecho, bases imprescindibles de la comunión, fraternidad y solidaridad que constituyen el núcleo de la experiencia cristiana. El grado de pertenencia a la comunidad no se mide primariamente por la participación en el culto, sino por la práctica del seguimiento de Jesús, por la práctica del Reino y su Justicia. El gran pecado y el gran sacrilegio es la separación entre el culto y la vida: la práctica de la injusticia en la vida y la celebración de la justicia en el culto. La legitimidad del culto no es controlada por la ley institucional, sino por la Palabra y sus exigencias. Esto explica la importancia de la proclamación de la Palabra en la celebración cultural.

## *5. EL AREA MORAL O LA PRACTICA DE LA FE*

1. Desafortunadamente la eclesiología no suele ocuparse de la teología moral. Este hecho, aparentemente tan lógico, tiene su significación: quizá la

eclesiología está más preocupada por el elemento institucional que por el elemento carismático; o quizá la eclesiología atiende más a las condiciones institucionales de la vida cristiana que a la experiencia y la práctica que constituyen la misma vida cristiana. Pero esto plantea un problema agudo: ¿Qué significado tiene la Iglesia si no es en función de la experiencia y la práctica cristiana? ¿A qué se reduce una Iglesia que no termina en la profesión de fe, en la celebración de la fe, en la práctica de la fe? Dicho de otra forma: ¿Se puede pensar la Iglesia al margen del seguimiento de Jesús o al margen de la moral evangélica? ¿No es el seguimiento de Jesús o la moral evangélica el rasgo más visible de la Iglesia que Dios quiere?

2. La historia judeo-cristiana ha conocido básicamente dos tradiciones: la sacerdotal y la profética. A esas dos tradiciones han correspondido respectivamente dos sistemas morales: el sistema de la pureza y la impureza (tradicción sacerdotal) y el sistema del don y la deuda, o de la justicia y la comunidad (tradicción profética). La categoría central en el sistema moral sacerdotal es la "pureza"; la categoría central en el sistema moral profético es "el don" o "la justicia" o "la comunidad". El criterio de referencia en el sistema sacerdotal es el culto; el criterio de referencia en el sistema profético es la comunidad.

3. La moral profética tiene una dimensión "política" o pública. Está basada en el sistema del don y de la deuda. La abundancia del lenguaje en torno al don y al robo, a la justicia y la injusticia, al derecho y su violación, a la apropiación o comunicación de bienes, a la abundancia y a la escasez... es un indicativo del especial relieve que tiene el sistema del don y de la deuda en la moral profética. El límite entre lo sagrado y lo profano no es el límite entre lo puro y lo impuro, sino el límite entre lo justo y lo injusto, entre el don y la deuda, entre la comunión y la ruptura de la comunidad. La referencia básica para señalar este límite no es el culto, sino las relaciones comunitarias. Estas constituyen el campo más específico de la moral profética. Esto explica la prioridad del compromiso con la caridad, la solidaridad, la justicia y los derechos humanos en la Iglesia profética.

4. El pecado se refiere principalmente a las relaciones entre los miembros de la comunidad, trátese de relaciones cortas en los grupos primarios (pecado personal) o de relaciones largas en el macrosistema social (pecado estructural).

El pecado no es una simple impureza que impide participar en el culto. Es esencialmente una deuda o una injusticia que rompe la comunión de los hombres con Dios y entre sí. Acaba así con la vida y hace de la historia una historia de perdición y de muerte. Porque la vida y la salvación está en la comunidad. El principal punto de referencia para juzgar el pecado es la comunidad, la construcción o destrucción de la misma. Es pecado lo que rompe la comunión, la fraternidad, las relaciones justas. Es gracia o salvación lo que construye y acrecienta la comunión, la fraternidad, la justicia.

5. La reparación del pecado y la liberación tienen también lugar en el ámbito de la comunidad y de la historia. Obra gratuita de Dios, el perdón y la liberación se reflejan en las relaciones comunitarias. No se trata de una simple reparación ritual del pecado, que da lo celebrado por realizado. No se trata simplemente de realizar ritos de purificación. Se trata de una reparación histórica del pecado. Se trata de rehacer las relaciones rotas, de establecer reconciliaciones reales, de devolver lo robado, de reparar la injusticia cometida, de restablecer el derecho violado, de reconstruir la comunidad. La vida, la salvación, la liberación... están en la reconciliación, en la justicia, en el derecho, en la comunión. Un rasgo destacado de la Iglesia profética es la insistencia en la dimensión comunitaria de la experiencia y de la espiritualidad cristiana.

6. En la moral profética los valores esenciales son la alianza y la gracia; la ley tiene un valor relativo e instrumental. La fuerza moral no está en la ley, sino en la experiencia salvífica, en la experiencia previa del don de la salvación. Es la alianza la que da sentido y hace viable la práctica del decálogo. Es la Buena Nueva de Cristo la que da sentido y hace viable la práctica de la moral cristiana. Al margen de esta experiencia de alianza y de salvación, toda ley degenera en legalismo, pierde valor y abandona al hombre a sus propias fuerzas. La moral se convierte en mala noticia, en carga pesada.

7. En el sistema de la gracia y del don, la ley cede el puesto a la libertad en el Espíritu. La moral profética es una moral de exigencias, no de preceptos o prohibiciones. No se basa en el entrenamiento ascético o en la fuerza de voluntad, sino en la fe y en la experiencia de salvación. Para quienes se encuentran en estas coordenadas la moral es una exigencia espontánea de la fe y de la experiencia salvífica. Es una moral positiva y liberadora a nivel personal

y comunitario. Conduce a la persona, a la comunidad, a la sociedad... hacia estadios siempre mayores de liberación. El compromiso con la liberación es un rasgo destacado de la Iglesia profética. Es una moral de convicción: en ella la conciencia suple a la ley externa y ahorra un sistema complejo de leyes y reglamentos. La instancia última de la moral profética es la conciencia.

8. En la Iglesia profética el comportamiento moral no es concebido como una condición previa a la salvación, como si ésta se consiguiera a base de méritos morales. Es más bien consecuencia del don de la salvación. Este es una fuerza liberadora, que hace de la historia humana una historia de liberación. Por eso, la moral profética es una moral liberadora cuando anuncia el Reino, cuando denuncia el Anti-Reino y cuando se compromete con la Justicia del Reino. Es una moral que se fundamenta en la fe, se ejercita en la construcción de la comunidad, y se mantiene firme en la esperanza.